

reseña



El amoroso tic tac de los relojes: Un luminoso espacio de sombra.

Martha Lilia Sandoval

Ricardo Orozco Catellanos

Profesor Investigador
Departamento de Letras Hispánicas
Universidad Autónoma de Aguascalientes

Para comenzar mis comentarios a la obra de Martha Lilia Sandoval, quisiera convocar las palabras de un crítico literario hispanoamericano, Raúl Dorra, profesor de la Universidad Autónoma de Puebla, quien señala, con notable acierto:

La oralidad, pensemos, se opone a la escritura como la sucesividad temporal se opone a la simultaneidad del espacio. Son, pensemos, dos órdenes diferentes para la inscripción del sentido. Si la escritura puede fijar sus signos en la piedra o en la página, la oralidad no puede hacerlo sino en la memoria.¹

Estos dos órdenes para la inscripción del sentido están en la base de la construcción de este libro de relatos de Martha Lilia. Heredera, como tantos de nosotros, de una cultura oral entrañable, de raíz campesina, de larga data lingüística, probablemente afincada en aquellos primeros colonos españoles que hicieron la guerra a

¹ Raúl Dorra, *Entre la voz y la letra*, Puebla, México: BUAP/Plaza y Valdés, 1997.

los chichimecas en los siglos XVI y XVII y que luego se asentaron en esta Villa de la Asunción; soldados que luego fueron agricultores, labradores que luego fueron comerciantes o artesanos de oficio vario. Heredera y portadora de un profundo legado de historias y de palabras que nombran la experiencia vital, a veces amarga, a veces gozosa, de un puñado de seres humanos que transitan por las páginas de este libro, acompasados sus pasos por el amoroso tic tac de los relojes. Amoroso, pero también inexorable, el ritmo del minuterero lopezveardiano, nos conduce a todos al olvido, del que sólo puede rescatarnos la memoria (depositaria de la palabra oral) y, para fortuna de la propia autora y de sus lectores actuales o futuros, la palabra escrita que transcribe fielmente esa oralidad asentada entre los precarios muros de una memoria personal.

La escritora se lanza a bucear en ese río profundo de la memoria familiar, que no es otra sino la memoria colectiva resumida, para rescatar las perlas que parecían destinadas a pasar inadvertidas para los lectores, ávidos *voyeurs*, deseosos de conocer las historias de vida encerradas detrás de los postigos de una vieja puerta de madera encallecida.

He aquí la labor de un contador de historias: dotar de sentido a la informe masa de los recuerdos, de las consejas familiares, de las anécdotas que han perdido su perfil de hechos vividos efectivamente para convertirse en relato, es decir, en fic-

ciones construidas por las sucesivas voces, anónimas para casi todos, conocidas y queridas por los más cercanos familiares, que asumen el sinuoso camino del contar. De la oralidad a la escritura quiere decir del proceloso *mar de historias* al “espacio de sombra” de la página (para usar la acertada expresión de la propia autora), la “casa habitable”: esa pecera donde refulgen los peces de colores.

Para contar una historia, según sentenciaba mi padre, “hay que agarrar orilla”, es decir: empezar por el principio, tomar aguja e hilo e ir enhebrando, hilvanando (como don Antonio Sandoval, sastre y padre, figura central de este cronómetro compuesto por su hija) al ritmo de un tic tac “el nuevo traje del emperador”, como quien dice la túnica coloreada de José, el joven soñador de historias. Martha Lilia habrá de comenzar por “los tesoros” de la familia que, como no podría ser de otra manera, son historias que se cuentan al amor del fuego, de la “llamita amarillo-naranja” de un “aparato” de petróleo. Historias consabidas como las que se desprenden de una hermenéutica lectura del Antiguo Testamento, singularmente aplicada, justo como *lectio*, a las propias vidas de las abuelas, de las tías, de las primas. Historias, también consabidas en un ámbito doméstico, de los ancestros casi convertidos en personajes de leyenda por el vigor de las voces que han ido recubriendo sus actos con el barniz de la admiración respetuosa, del renovado asombro ante su

valentía, de la conmiseración dolorida por los duros trances soportados en tiempos de miseria, angustia, incertidumbre.

Quiere el refrán convencernos de que “todo tiempo pasado fue mejor”. Pero los escritores, especialmente los que incursionan en la prosa narrativa, saben desmentirlo con creces: el pasado es ese país extranjero que es imposible recorrer. A ese país vamos sin aviso, indocumentados, temerosos de ser descubiertos en cualquier momento, y deportados con ignominia humillante a nuestra tierra. ¿Qué sufrimientos fuimos a buscar allí, en ese vergel idílico que sólo esconde los más áridos desiertos? El pasado nos arroja de regreso, acaso desengañados, pero enriquecidos por una mirada retrospectiva más fina, más serena.

La escritora busca en el pasado no por necia autocomplacencia sino para conjurar el dolor incesante de haber sido, de pasar, de acercarse sin pausa al camino del olvido. Extraer del pasado la fuerza necesaria para encarar el presente y sobre todo el futuro, parece ser la consigna de quien se escribe a sí mismo (¿y qué narrador, por fantástico que sea, no se narra a sí mismo?). Así, la escritora explora las zonas luminosas y también las oscuras de ese país inhabitable, las traduce en palabras domésticas y domesticadas con el latiguillo de la virtud poética, las hace asequibles a los otros, las convierte en casa habitable, en uno de esos añorados zaguanes flanqueados de maceteros, en

una estancia arreglada con esmero para recibir a los invitados: sus lectores.

Entre los muchos tesoros que aguardan al lector de este libro, me place compartir con ustedes una joya. Se titula “Un verano infinito”. Me parece que en este relato-remembranza se condensan las imágenes que persiguen a la autora en sus incursiones al pasado y de igual modo confluyen allí, en ese espacio de sombra narrativo, los hilos conductores de todo el libro, los hilvanes sutilmente retirados al terminar de confeccionar el traje para volverlo invisible. El centro de la página lo ocupa Raquel, declaradamente un personaje “real”, del que se da santo y seña del parentesco que lo liga con la narradora, un personaje que compartió “los paisajes de la adolescencia feliz, increíblemente dichosa de aquellos años” (Sandoval, 2013: 25). Palabras antes, la voz autorial-narrativa ha expresado, de un modo exquisitamente poético, esta sentencia que resume admirablemente el *tono emocional y literario*, no sólo de este magnífico pasaje, sino de todo el libro: “[Raquel] Sigue viniendo a México, ya no cada verano, pero sí alguna que otra vez y las notas luminosas de las canciones que cantábamos se nos abren en la memoria cuando nos vemos.” (Sandoval, 2013: *Idem.*)

Un libro lleno de palabras luminosas que se nos abren en la memoria a los lectores cuando abrimos sus páginas. Un espacio de sombra iluminado desde dentro por la voz de una narradora, sólo en apa-

riencia ingenua o neutral, llena de esa sabia malicia literaria que sabe administrar cuidadosamente como granos de sal a lo largo del libro para que no eche a perder el delicado guiso. Una casa habitable, con sus sombreados corredores y su patio soleado a plomo, con sus cocinas negras de humo y olorosas a tortillas recién salidas del comal, con sus habitaciones para coser y cantar, abiertas al corazón, mientras las muchachas de la casa obedecen al dictado de la voz que dice en la radio: “Apague la luz y escuche”. Y todos escuchamos, con el corazón palpitante, las historias puntuadas por el amoroso tic tac de los relojes.

Bibliografía

- Martha Lilia Sandoval, *El amoroso tic tac de los relojes*. México: Samsara Editorial, 2013, 84 pp.